

El edificio modernista de la Filarmónica —sin apenas ventanas, el techo y los muros de frívolas curvas— sobresalía en medio de un desierto de escombros, solitario, amarillo y feo. Estaba situado en aquella zona fronteriza de esa gran ciudad llamada Berlín Oeste. Algunos la llamaban Berlín Libre. Pero no discutamos: los nombres de las cosas nunca expresan su verdadera naturaleza.

No lejos de allí estaba el Muro. No la Gran Muralla china, la del este, sino la otra, al oeste. Este Muro, menos imponente y no precisamente construido para la eternidad, dividía las personas y los mundos, las ideas y los ideales, los recuerdos y los juicios no sólo sobre lo que ya había sucedido sino también sobre lo que hubiese sucedido si cierto gato negro no se hubiera cruzado en el camino. Las opiniones sobre tal o cual asunto eran diferentes: a un lado del Muro las cosas se veían de una manera; al otro, de otra.

Yo estaba sentado en la tercera fila, muy a la derecha, en la penumbra de la sala completamente vacía. No había más luz que la proporcionada por la escasa iluminación de las salidas de emergencia; incluso el escenario, donde a esa hora de

la mañana tenía lugar un ensayo, era lúgubre y opresivo. Ensayaban el Concierto para violín y orquesta de Tchaikovski; el director, Herbert von Karajan, parecía haberse levantado con mal pie porque, irascible y de mala uva, no dejaba de gruñir. Algo iba mal en el ensayo; ya en dos ocasiones el maestro había abandonado furioso el escenario para volver poco después cojeando: por lo visto le dolían las rodillas.

Su último regreso no interrumpió el cuchicheo de los músicos: alguien soltó con disimulo una carcajada, otro pulsó provocativamente una cuerda de su violín, seguido de frasecitas y risas apagadas. Yo no podría decir qué fue lo que él entreoyó: adonde estaba sentado, al fondo de la sala, las conversaciones susurradas llegaban como un murmullo común e indistinto, pero el maestro vociferó enfurecido, sí, sí, ésa es la palabra, vociferó, y la voz se le cortó en un falsete chillón e irrisorio:

*—¿No les prohibí que hablasen entre ustedes en chino?!
¿Se lo prohibí o no?!*

Tan ilustre austríaco era un cascarrabias como pocos y, si hay que decirlo todo, un tipo algo histérico que exigía obediencia incondicional durante los ensayos y no toleraba la más ligera chiquillada. Y menos aquella mañana, cuando le parecía que nada tenía pies ni cabeza. Probablemente sospechaba que sus músicos le estaban tomando el pelo o que conspiraban contra él, y además lo hacían deliberadamente en ese incomprensible chino que a él tanto le irritaba. Y más aún sabiendo que en la orquesta —una de las indiscutiblemente mejores de Europa— no había ningún chino.

Él golpeteo con la batuta en el atril y levantó los brazos, pero ya de entrada quedó claro que esta vez las cosas tampoco iban bien. Karajan profirió una obscenidad y rompió

encolerizado la batuta. Eso es: la rompió como si fuese una cerilla, como un profesor al que se le termina la paciencia y parte en dos su lapicero. Alguien corrió para traerle otra. Al parecer, esto debía haberse convertido en una especie de rito recurrente, porque nadie se asombró en absoluto de que hubiera quien le proporcionara con la mayor rapidez una batuta nueva.

Mientras arrojaba a un lado con rabia las dos mitades de la batuta rota, el maestro se volvió de medio cuerpo hacia la sala y entonces me vio. Hizo con la mano una visera, oteó en la penumbra y gritó en un tono, por cierto, nada amable, incluso amenazador:

—Usted, ahí abajo, ¿quién es?

Yo respondí.

No reaccionó: ni me permitió quedarme ni me expulsó, sino que se volvió sin decir palabra y golpeteó el atril con la flamante batuta nueva.

—¡Atención! ¡Desde el principio!... —Y un minuto después volvió a vocear—: ¡Paren, paren, paren!

Qué chasco. Parecía que ese día el Concierto para violín y orquesta no iba a tener lugar.

El solista, con aire tranquilo y ausente, se retiró a un lado y se sentó en una silla vacía. Con el violín sobre las rodillas, no se le veía fastidiado o irritado, simplemente esperaba con paciencia que pasara la tormenta. Desde mi asiento podía ver su pelo largo, inmaculadamente blanco, y su rostro pálido, alargado, pero la luz era insuficiente para poder distinguir también sus facciones. Y era justamente él quien me interesaba, con quien quería conversar. M. D., el productor de cine, me había introducido en la sala prometiéndome pasar hacia el final del ensayo para presentarme a esta celebridad mundial. Porque a quien yo necesitaba era precisamente al violinista Theodor Weissberg.

Desde luego tenían derecho a preguntar quién era yo, en realidad. Y qué buscaba, además de un encuentro banal, en una sala de conciertos vacía de aquella gris mañana berlinesa.

No buscaba nada en particular, tan sólo conocer más detalles y contrastar algunos testimonios contradictorios sobre ciertos sucesos. Remotas historias reales, ahora casi olvidadas, que algunos juzgarían tal vez extrañas e inverosímiles. ¿Pero hay algo más inverosímil que la Historia? Me refiero a la que se escribe con mayúscula, a la ciencia que estudia el pasado y no a su versión depurada, simplificada y acicalada para el uso escolar, sino la rebotante de contradicciones y preguntas sin respuesta, la ilógica, a menudo absurda, la que es resultado de un billón de casualidades —como la vida misma. Como el oscuro fondo de la existencia, donde ciertas criaturas devoran a otras y donde designios prosaicos envuelven con sus tentáculos los ideales excelsos y los succionan, mientras que en la superficie todo parece previsible, ordenado y razonable, algo así como un compendio de problemas escolares de matemáticas ya resueltos.

Así pues, ¿quién soy yo? No soy un héroe ni una víctima. Digamos que soy un figurante en las escenas de masas del drama. Un miembro anodino de la comparsa sin derecho a abrir la boca. Por ello no quiero imponer mis apreciaciones y juicios, mi propio punto de vista. Éstos siempre deforman las cosas según el ángulo de observación. El mismo fenómeno o acontecimiento, observado por varias personas desde distintos ángulos, se muestra diferente. Alguien dirá: las cosas no fueron así sino de otro modo. Y tendrá razón. Y la tendrán también quienes las ven de un modo un tanto diferente. Todo depende de si uno es protagonista del espectáculo o

simple espectador, de si participa en los acontecimientos o se asoma a ellos por el ojo de la cerradura, que limita su campo de visión a un mísero resquicio. Depende también de las cosas que uno recuerda y de las que ha olvidado. Porque algunos tienen la capacidad de recordar detalles sorprendentes de la guerra, pero han olvidado las causas por las que estalló. Otros saben el nombre del tendero de su infancia, pero no se acuerdan de quién era entonces primer ministro. La gente no es igual. Cada uno tiene derecho a sus propios recuerdos y a su propia amnesia, sin que nadie se entrometa en sus asuntos.

Por eso, a veces, prefiero quedar al margen, estar ausente, como quien dice. Para serles franco, no me apetece participar siquiera en las escenas de masas, y menos aún protagonizar esos monólogos que desgarran el corazón: sólo quiero ser un espectador, sentado en la semioscuridad del auditorio, en la tercera fila. Porque las cosas existen independientemente de nuestros puntos de vista: son como son. Los daltónicos no distinguen los colores, los ciegos no ven en absoluto, otros son sordos o no perciben bien las bajas y las altas frecuencias. Los seres humanos somos diferentes, pero las cosas —colores y sonidos— existen fuera de nosotros, completamente independientes de lo que interroguemos, cuestionemos o incluso juzguemos respecto a ellas en cualquier sentido. Ellas simplemente son.

Así que disculpen, pero ya no me verán más ni me van a reconocer en la sala vacía. Y les ruego sean comprensivos si a pesar de todo en algún lugar, alguna vez, algún arrebatado de parcialidad, simpatía o aversión afloran a la superficie, como la sangre que aflora a través de los vendajes y delata la herida abierta que cubren. Sucede por sí mismo, al margen de mi voluntad.

Esto es lo que intento decir al empezar mi relato de Hong-

kou, suburbio de Shanghai, ciudad portuaria en la desembocadura del río Yangzi.



Hongkou, distrito de Shanghai: un capítulo poco conocido de los anales de la tragedia judía durante la segunda guerra mundial.

Este opus histórico se desarrolló en medio del alboroto de una nueva Babel, en la cual los barrios chinos superpoblados hasta la asfixia se habían entremezclado con las zonas lujosas de las régies, o sea «concesiones internacionales» de estatuto semicolonial: los International Settlements, con sus hoteles y restaurantes de lujo, cuyo acceso estaba prohibido a los chinos, con sus clubes de caballeros en la Bubbling Well Road, a lo largo de la avenida que seguía la orilla del río, y con las tabernas de marineros en la avenida de Eduardo VIII, junto a los cottages y los acicalados comercios franceses del French-town, la Rue Lafayette y los bulevares de Joffre, Foch y Cardinal Mercier, con la abigarrada Yatse Road y sus bocacalles y tiendecitas chinas atiborradas de aderezos de pacotilla y estatuillas de oropel, marfil y ámbar. Pero también con pestilentes antros en los barrios de Nantao y Zhabei y las zonas marismeñas al otro lado del río, en Pudong, densamente pobladas, infestadas de ratas y enfermedades.

Después de sufrir una primera invasión japonesa en 1932, quedar prácticamente arrasada por la aviación de Japón en 1937, y estar ocupada desde hacía ya tiempo por los japoneses, la ciudad seguía revolcándose en el boato y la indolencia, bañada por las miles de luces deslumbrantes de la avenida de Nanking, pero también en la sórdida desespera-

ción de las barriadas, con su desempleo y su miseria sin salida.

Sólo durante el primer año de la ocupación los servicios municipales de limpieza recogieron de las calles los cadáveres de treinta mil muertos de hambre o enfermedades. Y ello bajo la sombra del imponente palacio Broadway, de veintidós plantas, donde en una sola noche el representante diplomático de la Alemania nazi, el barón Ottomar von Dammbach, perdió en el póquer ochenta mil dólares shanghaianos ante sir Elías Esdras, sefardita de los llamados judíos «bagdadíes», que se habían establecido a lo largo de la Ruta de la Seda ya desde el siglo XI. Después de la Guerra del Opio y el tratado de Nanking de 1842, cuando los ingleses se anexionaron Hong Kong y empezaron a construir el puerto de Shanghai junto al delta del Yangzi, los «bagdadíes» conquistaron rápidamente importantes posiciones económicas en la región. Casi un siglo después, sus bancos y oficinas de intermediación financiaban y garantizaban suministros de estaño, caucho y quinina al Tercer Reich, que nunca rechazó el dinero judío cuando lo necesitó. Los «bagdadíes», propietarios de la Shanghai Banking Corporation, del Yokohama Specie Bank o de la Sassoon House, tampoco tenían nada en contra de su correcto socio alemán mientras éste les garantizara pingües beneficios.

Shanghai, que es hoy una de las gigantescas puertas de la nueva China al mundo, fue durante la década de los treinta y en los años de la segunda guerra mundial —desde que estalló el 1 de septiembre de 1939 en Occidente, en Europa, pasando por Pearl Harbor e Hiroshima en el Extremo Oriente, hasta la mañana del 2 de septiembre de 1945, cuando Japón capituló oficialmente— un nudo de intereses económicos,

políticos y militares, intrigas diplomáticas y ambiciones personales. Un lugar de encuentro del mundo del hampa, en el que se mezclaban aventureros internacionales, espías y especuladores, hombres desarraigados y perseguidos, con aficionados a las sensaciones fuertes o al dinero fácil. Los chinos, verdaderos dueños de esta tierra de dilatada historia, estaban ocupados: unos en la brega por conseguir una escudilla de arroz, y otros, colaboracionistas y marionetas del ocupante japonés, complicados en sofisticadas manipulaciones para conservar y multiplicar lo que habían saqueado a su propio pueblo. Y todo ello sobre el telón de fondo del estruendo, a veces lejano y otras más cercano, de una inacabable y sangrienta guerra civil en varios frentes entre la pro japonesa República china, dirigida por el títere Wang Chingwei, las divisiones nacionalistas de Chang Kai-shek y el Ejército Popular de Liberación comunista de Mao Tse-dong.

Shanghai: lugar de resplandor y miseria, de la extrema humillación de los culis descalzados con sus rickshaws y de jovencísimas prostitutas de cuerpo menudo con sus marineritos borrachos; ciudad en que la ternura oriental de porcelana se codeaba con la brutalidad castrense, ciudad del opio y de la degradación humana. Pero también, una última orilla salvadora, símbolo de la esperanza encarnizada por sobrevivir. Porque durante los años en que las grandes democracias miraban con indiferencia los preparativos del genocidio tramado por Hitler, Shanghai, con su estatuto limitado de ciudad abierta, fue el único lugar del mundo que acogió y dio asilo y una salvación extremadamente cara a unos veinte mil judíos alemanes y austríacos, intelectuales en su mayoría, y a otros tres mil ochocientos judíos de otros países ocupados, que lograron llegar hasta allí antes de que

los crematorios oscurecieran el cielo de Europa con su espeso humo.

Hongkou es el nombre del barrio que fue convertido en su gueto.

Shanghai es el nombre de la ciudad de su condena, pero también de su liberación.